

Luis Enrique Délano

LA VENTANA QUE MIRA AL MAR

EL REGRESO

DE qué pueden provenir esta alegría y esta tristeza? ¿De volver a ver los queridos lugares de mi niñez, de estar de nuevo entre los míos después de una ausencia que hice durar ocho años? ¿De sentir cerca a una mujer que en otro tiempo fué mi amiga y que ahora sólo debe ser una sombra? Quién sabe; yo pienso en estas cosas desde anoche, desde el instante mismo en que me vi al rededor de la mesa de roble y rodeado de las apresuradas preguntas de todos. Fué un momento que me llenó de alegría. No sabía cómo ni a quién responder. Por fin la voz grave de mi padre, que ha envejecido mucho, pudo precisar la interrogación.

—¿Por qué te marchaste, Lorenzo?

La pregunta hecha así, tan desnuda, comprometía una respuesta igual. Sin embargo, sólo pude contestar frases vagas, levantando los ojos no muy firmes hacia la blanca cabeza de mi padre.

—Por que esto me aburría, papá.... Ver siempre las mismas cosas, el mismo mar, las mismas lanchas, la misma gente.... Yo necesitaba algo más.... No sé lo que era.... No sé tampoco si lo he hallado en las ciudades, pero creo que no.... En fin, hace poco tiempo comencé a echar de menos Puerto Ancho y a ustedes; pero no podía regresar. Tenía algunos asuntos pendientes allá. Ayer no resistí más.... Tomé el tren y he vuelto. Parece que esto no lo alegra mucho, papá....

—No es eso, Lorenzo—dijo mi padre.

«No es eso», dijo por debajo de la mesa el viejo perro Pompe, ovillándose a mis pies y restregando su húmedo hocico contra mi pierna.

Luego, a mi vez, comencé yo a interrogar. Ocho años habían trasportado el puertecito muy lejos de mí, tan lejos, que ahora casi no lo reconocía. Sólo que no podía cambiar la situación de algunos recuerdos de infancia. Por ejemplo, esas dunas, donde de niño jugaba cada tarde, esos grandes cerros que fueron indispensables a mi niñez, estaban ahí, elevando hacia el cielo su estatura soñolienta. Pero la costa, ¡qué rara se había vuelto! El pequeño muelle que entreví, cuando el tren largó su pitazo de llegada, ¿quién lo había construido? ¿Hacía mucho tiempo? Esos barcos inmensos, de tres chimeneas, ¿venían muy a menudo a Puerto Ancho? Esas casas, esos caminos, el negocio de victrolas, aquel gran almacén de artículos marítimos ¿de dónde y bajo el influjo de qué varilla mágica habían surgido?

Comprendí que yo también atropellaba mis preguntas y me resolví a ponerles orden. Primero quise saber de algunos amigos de otro tiempo. Luego pregunté a mi hermana por los lugares que yo amaba. Al último y con cierta timidez aventuré una pregunta, con la cual ciertamente habría querido comenzar.

—¿Qué es de Isabel?

Mi hermanita respondió con viveza.

—Isabel se casó hace tiempo.

Me incliné, escondí mi cara bajo la mesa y dije al perro:

—¡Quieto, Pompe!

El viejo y amarillento Pompe aulló bajito, suavemente, como diciendo: «Estás en un error. Yo he permanecido tranquilo. . . .»

—Se casó, ¿ah? . . . ¿Y con quién se casó. . . ?

—Con Marcelo Fuentes.

Recordé. Marcelo Fuentes, mi compañero de escuela. Un muchacho pequeño, que tenía cuello de toro y mucha fuerza. A menudo acompañaba a su padre a la pesca. Recuerdo que eso era para él un motivo de orgullo. Cuando Marcelo decía, adoptando la actitud de una persona mayor: «Esta tarde tengo que ir de pesca», nosotros lo mirábamos con respeto. En realidad en la escuela se le temía. Era robusto, además de ser negro, feo, y algo dado al licor.

—¿Con Marcelo Fuentes? Sí, lo conozco. . . .

—Ya lo creo que lo conoces. . . . Pero ¿qué te pasa, Lorenzo? Cualquiera diría. . . .

Todos habían salido del comedor. Estábamos solos.

—¿Lo que me pasa? Ya vas a saberlo. A ti te lo puedo decir, hermanita, pero te callarás después, ¿eh?

—¡Si!—respondió asustada.

—Lo que me pasa es muy sencillo. Si he vuelto a Puerto Ancho ha sido por Isabel y no me agrada mucho la noticia, ¿entiendes?

—¡Ah! No se me había pasado por la mente!

—Y dime. . . . ¿Te ha preguntado alguna vez por mí?

—Ahora último, no. Pero cuando recién te fuiste me preguntaba todos los días.

—Y tú, ¿qué le respondías?

—Ya comprenderás, Lorenzo. Que no sabíamos nada de ti, que no habías escrito. . . .

—¡Ah. . . !

—Ella también se quejó de tu silencio. Ni siquiera te despediste de Isabel. Yo sé que todos los días iba

al correo, después del tren de siete, por si tenía carta tuya. . . .

—¿Y eso es todo?

Carmencita meditó un momento.

—Oye—dijo luego—, recuerdo muy bien que pocos días antes de casarse vino a verme aquí y me pidió tu dirección con insistencia.

Pensé en eso y me bastó cerrar los ojos para que me asaltaran muchos cuadros, muchas viejas palabras, las ansias de dos bocas húmedas.

—Es necesario que yo la vea.

La pequeña me miró asombrada.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Ah. . . . Bueno, ni yo mismo lo sé. . . . Sin embargo. . . .

Salí y me tendí sobre la cama. Pompe me siguió hasta el cuarto.

Por la ventana se colaba el olor del mar, ancho, diferente y yo lo aspiré con delicia.

* * *

¡Qué cambiado todo! Tuve que atravesar la larga calle que es el pueblo de Puerto Ancho. Nosotros vivíamos en la falda de un cerrito, algo aparte; Isabel, en el barrio de los pescadores, en la orilla misma del mar, camino de Santa Catalina.

Estas calles tranquilas, sosegadas, con algunos hoteles de dos pisos, con el edificio gris de la caja de ahorros, con un café lleno de silencio, reconfortan el corazón, después de vivir largos años en las ciudades. Pero no sólo mi pueblo había cambiado. Yo mismo, qué distinto debía estar, para que ella no me reconociera. En realidad, trabajo le costó a Isabel llegar a comprender que era yo, su viejo amigo, quien llamaba a la puerta tan tímidamente. Se asomó a la ventana, arriba en el segundo piso.

—¿Quién es?

—Isabel, soy yo, ¿no me reconoce?

Entonces sólo vino a caer. Entró su cabeza rápidamente y un momento después la puerta se abrió.

Subí la escalera; arriba me esperaba ella.

—Pero, ¿es usted, Lorenzo?

—Yo, Isabel....

Me hizo pasar al pequeño comedor de la casita, ordenado, simpático, una pieza que convidaba a las intimidades, tal vez al amor.

La incrédula mirada de sus grandes ojos no se despegaba de mí, se fijaba en mi desordenado pelo negro, en mi camisa listada, medía mi cuerpo, buscaba en el hombre desconocido, casi extranjero, al alegre muchacho de otro tiempo, sin comprender que ese ya había muerto o sólo era un fantasma.

—¡Y después de tanto tiempo...!—exclamó por fin.

—¡Qué quiere, Isabel! Algún día tenía que cansarme de andar. Cuando me fuí, pensé que no iba a volver nunca, sentí algo como la desolación de un gran adiós, de un adiós total. ¡Pero he recorrido tanto...! Estaba aburrido lejos de aquí. Oigame, Isabel, pensaba mucho en usted..., mucho. Un día eché a los diablos mis actividades de la ciudad, dejé mi oficio de tipógrafo, y aquí me tiene, Isabel, aquí me tiene.... Como siempre....

—¡Ocho años!—dijo ella con cierta humedad en la voz.

La miré. Isabel no había variado mucho. Sus bellas trenzas de entonces habían caído, pero debo confesar que no le venía mal la melena casi rubia y algo crespa. Persistía en sus ojos la claridad de una luz que antes nunca pude encontrar, de la que sólo vine a saber cuando estaba lejos cuando la recordaba en mis solitarias noches de la ciudad ¡Ahora, su boca! Ay, bastaba mirar su boca para decirse: «Has sido un imbécil al alejarte de aquí.»

Su cuerpo había estallado en curvas, en redondeces

de mujer. Tan joven, Isabel. No sé qué estúpido propósito me vino de sacar la cuenta de su edad. Entonces tenía yo 18 años, ella tenía... .Ahora debe tener. ¡Oh, confieso que se me formó una confusión! Luego pensé en mi larga ausencia y nada más supe de las cuentas que mentalmente hacía.

Me acerqué a una ventana que alegraba la pieza. ¡Ah, la ventana! Miraba hacia el mar; hasta lejos se veía la ondulante pollera de las olas meciéndose, levantándose como al latido de un cuerpo sin límite. El mar azul estaba delante de mí, entero. ¡Qué alegres serían las comidas en el comedor de Isabel! Las manos sobre el hule de colores, los ojos sobre el océano. Pero había que asomarse a la ventana, había que apoyar el pecho en el marco, para sentir su verdadero valor. Debajo, precisamente debajo quedaban las rocas negras, húmedas, brillantes, sembradas de plantitas marinas, resbalosas, agudas. Las olas llegaban hasta ellas y rompían su ímpetu. Al pronto parecía que la fuerza del mar iba a arrasar con los gruesos pilares que soportaban la casa de Isabel. Pero para eso estaban ahí, en constante lucha, las rocas detentoras de toda fuerza.

La confusión se iba apoderando de nosotros. Yo, por disimular mi timidez ante un momento cuya llegada esperaba y temía, me puse a elogiar la ventana al mar, con las mejores palabras que encontré. Ella callaba. De pronto vimos un hombre que avanzaba por las rocas, con un canasto al brazo.

—Es Marcelo—dijo Isabel.

—Entonces me voy.

—No, no, quédese. Seguramente se alegrará de verlo.

—Yo también me alegro, claro. Fuimos compañeros en la escuela.

Isabel bajó la cabeza. La boca de Marcelo, que llegaba, se abrió al verme, entre la larga patilla que daba sombra a su rostro.

EL INVIERNO

De día solía perderme hacia Santa Catalina, el cercano puerto, por la playa limpia y pareja. Cuando pasaba una carreta de bueyes en la misma dirección, le pedía al carretero que me permitiera subir, y capear bajo el toldo de tela el duro sol de Enero. Pompe seguía mis pasos con su trotecillo infatigable.

Lejos había descubierto, guiado por algunos recuerdos de mi niñez aventurera, una gruta entre las rocas, un magnífico refugio para evitar el calor y leer o soñar tranquilamente, tirado sobre la gruesa arena, lo mismo que algunas plantas que arroja el mar. Desde allí dominaba la playa en un larga extensión. Era ahí donde hablé tantas veces con mi viejo perro.

La tarde de mi llegada, Pompe, débil, de color de otoño, se lanzó alegremente hacia mí, al bajar del tren... Me había reconocido. ¡Diablos! En cambio yo, ni siquiera me fijé en él; nunca me figuré que ese perro de aspecto cansado era el Pompe de otros años, que me seguía a donde fuera y que tal vez cuando me marché estuvo durante muchas noches apuntando su llanto hacia la luna marina. ¡Perro mío! ¡Eramos amigos desde tanto tiempo!

Yo me tendía en la gruta y él salía a recorrer la playa, correteando pequeñas jaivas, cuyos cascarones mascaba con sus dientes no muy firmes. O si no lanzaba yo un palo, una tabla cualquiera, hacia el mar, con toda la fuerza de mi brazo, y él nadaba hasta que podía cogerla y traérmela en su hocico.

—Espera a Isabel—le decía yo, y me tendía de espaldas a pensar. Un rato después sentía pasos. Era ella, que algunas veces, cuando podía burlar la vigilancia de Marcelo, venía hasta mi refugio.

Mucho me costó vencer sus escrúpulos, pero al fin y al cabo, ella era mía desde antes, desde mucho antes,

desde siempre. Marcelo llegó después, con su amor de pobre pescador, en una época en que yo estaba ausente y en que la niña vivía desamparada, abandonada por su padre, que nunca se resolvió a salir de las tabernas. Se casó, así como suceden tantas cosas. Pero antes había tratado de ponerse al habla conmigo y nunca dió con mi paradero. Yo pienso, ¿dónde estaba entonces? ¿recorriendo qué ciudades, entretenido en qué amores?

He dicho que logré vencerla, que una tarde conseguí poner mi boca sobre sus labios. Fué en la playa, entre la sombra de la tarde tumbada, una vez que ella volvía de coger mariscos. Sucedió eso inevitablemente, como las furias del mar o como el agua que cae del cielo. El beso vino solo, y claro está, no iba a ser yo, que la amaba, quien lo atajara.

Después llegó el invierno, uno de los más crudos inviernos de que se tiene memoria en la región. Nos amábamos en las noches, en su propia casa, junto a la ventana al mar. Marcelo andaba en la pesca nocturna. Debo hacer presente que era el más bravo pescador de aquel lado de la costa; no le temía a nada y cayera dura la lluvia, soplara sin freno el viento, aparejaba y al atardecer salía en su lancha mar adentro. Entonces nosotros apagábamos la lámpara del comedor y nos sentábamos junto a la ventana. Hubo noches terriblemente oscuras, de una oscuridad cruel, absurda; noches destinadas a naufragios, a catástrofes. El viento azotaba sus duras espadas contra los amantes nocturnos que éramos o nos llevaba, muy claros, navegando en el silencio, los gritos de auxilio de los navegantes fracasados en la maniobra. Era entonces cuando Marcelo, que ya lo he dicho, tenía coraje, se distinguía; en los salvamentos no había quien lo igualara. Bastaba que una lancha pescadora aterrara la noche con su llamado, para que los remos de mi amigo se movieran con furia, con rabia, hacia el compañero en peligro. Esto lo sé, porque también solía acompañarlo a la pesca nocturna.

El no podía ver desde el mar nuestros besos: la lámpara estaba apagada. Pero Isabel temblaba de miedo entre mis brazos.

EL FRANCÉS

Cuando el francés llegó al puerto, extraños presentimientos me empujaron a pensar cosas tristes. Al principio todo anduvo bien para él, sus negocios de vendedor viajero, sus relaciones con la gente de mar. Pero cuando se supo que la mujer de un pescador se había hecho su amante, aquello cambió. Oí murmuraciones. Los hombres se solidarizaron al marido engañado, y hasta creo que en la intimidad, ante el vino que se servía noche a noche en la Pescadería de la Culebra, se tramaron venganzas contra él.

Se llamaba Juan Maharit y había venido desde la capital. Vestía un elegante traje plomo y—preciso es confesarlo—sabía anudarse con gracia el pañuelo de seda a la garganta. Además, bastaba que se quitara el sombrero para que sus cabellos negros, casi azules, formaran olas sobre su frente. Comprendo que eso disgustara a mis amigos de la caleta, pero me hago cargo también de la atracción que podía tener para las mujeres.

Pero, ¿por qué pensé mal yo, por qué presentí cambios en el amor de Isabel; por qué me encontré incómodo, cada vez que la suerte me puso en presencia de Maharit? Un día se lo dije, con una franqueza que no sé de dónde pude obtener. Estábamos sentados ante el mesón de un bar.

—Maharit, en la caleta no se habla muy bien de usted.

—Sí—respondió despectivamente—. Lo sabía. Les molesta que me haya querido una mujer. Pobres hombres. . . . Si yo quisiera. . . .

—Claro—respondí con tono adulator, alentado por

una secreta esperanza—. Con la suerte que usted tiene, Puerto Ancho o... Buenos Aires, le significan lo mismo....

—No lo dudo, pero me gusta una mujer y me quedaré. Me quedaré aunque esto no les agrade. (E indicó con la mano el lado de los pescadores.)

—¡Ah! ¿Está usted enamorado?

—No, enamorado, no; pero ya le he dicho que me gusta una mujer.

Entonces fué cuando el miedo se afirmó en mí. ¿Qué mujer sería? Sin embargo, seguía bebiendo de mi copa, tranquilamente. Juan Maharit se arregló el pañuelo de seda, encendió un cigarrillo y se marchó después de saludarme.

Esa misma noche le propuse la cosa a Isabel, después de algunos rodeos.

—Oye, si al francés se le ocurriera enamorarse de ti, ¿qué harías?

Me tomó la cabeza, entre risueña y seria.

—¿Qué haría? ¿Y me lo preguntas? ¡Ah! ¡Qué poco me conoces, Lorenzo!

—De veras. ¡Soy un tonto!

Y me marché tranquilizado. Si por casualidad fuera Isabel la mujer en quien Maharit había clavado su mirada, se estrellaría el francés contra su frialdad, abierta como una flor.

* * *

La perdí de vista un momento. Había estado mirándola desde mi gruta, cómo se bañaba en la playa, sola. Después me adormecí, pensando en sus besos de la noche anterior y la tenía ya del todo cogida en la red de mi sueño, cuando entró, acompañada de Pompe.

—¡Bandido!—dijo riéndose—me mirabas bañarme, ¿verdad?

—No, ya lo ves, dormía....

—Mentiroso....

—Bueno—confesé—; sí, te miraba.

—Lo comprendí cuando llegó Pompe. Donde está el perro está el amo me dije, y salí del agua.

—¡Ah!

Se tendió a mi lado sobre la arena, sumando al mío el calor de su cuerpo. Después de una larga pausa habló.

—¿Sabes lo que pasó anoche?

—¿Anoche...?

—Sí, en la caleta; casi en la puerta de mi casa....

—¿Qué?—pregunté al ver su cara falsamente alarmada.

—¡Ah! una cosa muy graciosa. Fíjate que Pedro encontró al francés....

—¡Oye!—dije disgustado—, parece que te interesa mucho ese hombre.

—No, tonto; pero yo sentí el ruido y me asomé al balcón. Pedro lo sorprendió rondando su casa y pelearon....

—¡Pobre Maharit! Lo compadezco; ese Pedro es un bruto....

—Te equivocas, me atajó Isabel. Fué Pedro el que salió mal parado. El francés lo golpeó cuanto quiso....

—¿Sí? ¿Y eso es todo?

—No; cuando Maharit se marchó, Pedro le pegó tanto a su mujer que la recogieron sin conocimiento. Pobre Amelia. ¡Quién sabe si ni siquiera iba por ella el francés!

La miré, alarmado por el arrepentimiento que pareció producirle su propia frase y vi cómo ante una sola mirada la sangre oleaba sobre su rostro.

—¿No iba por ella? Mírame bien, no bajas los ojos, Isabel. ¿No iba por ella, dices? Las únicas casas de ese sitio son las de Pedro, la Pescadería de la Culebra y la tuya. En la Pescadería no hay ninguna mujer joven.... ¿Por quién podría ir?

—¡Lorenzo, las cosas que se te ocurren!

—Sí, sí, responde. ¿Por quién podría ir?

—Pero, ¿qué te pasa, Lorenzo? ¡Qué se yo...!

Algo me aplastaba furiosamente el corazón. Sentía amargos deseos de hacerla confesar que era ella la amante del francés. ¡Ah, la hipócrita! Ansiaba que me lo dijera, para matarla ahí mismo. Me contenté con tomarle un brazo. La violencia movía mis dedos y apretaba, apretaba...

—Es tu amante.... Confiesa....

Yo no sé, no habría deseado eso, pero de pronto dos gruesas lágrimas le saltaron de los ojos.

—¡Suéltame!—lloró.

—¡Confiesa!

—Sí—gritó entonces, cuando mis manos oprimieron con más fuerza—. Sí, lo quiero porque no es un cobarde como tú....

—¿Cobarde yo...?

Le solté el brazo, asombrado, y ella inmediatamente se alejó, sin volver la cabeza. Pompe abrió sus melancólicos ojos y se disponía a acompañarla, cuando un grito mío lo detuvo.

—¡Ven acá, imbécil!

* * *

Yo no sé, no podría decirlo, no podría explicarlo. Parece que iban a huir juntos. Al menos es esto lo que he podido deducir posteriormente.

Aquella noche acompañé a Marcelo a la pesca y regresamos temprano, mucho más temprano que de costumbre. Además, llegamos hasta su casa, no por el camino de siempre, pues habíamos estado bebiendo en el puerto. Marcelo insistió, con la ciega obstinación de los borrachos, en que lo acompañara. El pescador abrió la puerta de un puntapié e inmediatamente sentimos algo como un grito ahogado y unos rápidos pasos arriba.

—¡Eh!—gritó Marcelo—. ¿Qué es esto? Sube, compañero!

El corazón comenzó a golpearme el pecho. Tuve que detenerme y tomar alientos para subir la escalera y alcanzar a Marcelo. Llegábamos ya cuando un grito feroz, un grito espantoso, cortó la noche como una cuchillada. Era algo agudo que taladraba la sombra; un grito capaz de resucitar a un muerto y que nos dejó clavados al suelo. Después el silencio, que siempre parece hacerse más hondo mientras más grande ha sido el grito.

—Es en el comedor—gritó Marcelo y corrimos hacia ya, dándonos contra las paredes, entre la profunda oscuridad.

Cuando entramos, la ventana estaba abierta de par en par. Nos asomamos. Una sombra se deslizaba entre las rocas. Atado al marco de la ventana un cordel caía y no cesaba aun de moverse. (Ese cordel yo lo conocía. Una noche que estuvo a punto de sorprenderme Marcelo, habíame deslizado por él hacia las rocas y huido en la noche.) No cabía dudas, Maharit también había utilizado la cuerda.

Pero Isabel, ¿dónde estaba? Nosotros habíamos reconocido su voz en el grito que escuchamos al entrar.

—¡Isabel...!—gritó mi amigo.

Nadie respondió. La silueta del hombre se había perdido entre las rocas. Marcelo corrió hacia la pieza en que guardaba sus útiles de pesca y volvió con un farol encendido. Sacó el brazo por la ventana y paseó la luz alumbrando el macizo, donde el mar se estrellaba sin mucho ruido. Entonces yo lo comprendí todo. Estaban juntos, claro está. Oyeron al marido que llegaba y el francés bajó por la cuerda. Aterrada, Isabel quiso seguirlo, pero no pudo sostenerse.... Y allí estaba su pobre cuerpo, caído, roto, cubierto de sangre, en el duro pavimento de las rocas, debajo de la ventana que mira al mar.